



El trabajo

- ¿Todo va bien?
- A los amigos y compañeros sindicalistas
- Ocio y progreso del Norte, trabajo y residuo del sur
- Cómo empezó el Movimiento Trabajador Católico
- El euro, el dólar y la guerra de Irak
- Persona y trabajo

EL TRABAJO

Presentación

Incluso cuando hablamos de economía —especialmente cuando hablamos de economía— conviene recordar las palabras del entonces recién elegido presidente del IEM, Luis Ferreiro, escritas en el Correo del Sur del Instituto Emmanuel Mounier de noviembre del año 1994: «Queridos amigos y hermanos: llevo tres años en el IEM, y apenas he tenido tiempo de acostumbrarme a su agonía permanente, a la reedición de sus crisis y a su eterna voluntad de renacer. Con todo, lo primero que deseo expresar es el reconocimiento de una deuda con cuantos habéis puesto vuestro trabajo mucho antes que yo, pues los mejores logros han sido posibles gracias a esos esfuerzos. Es de justicia daros las gracias aunque el cansancio —único salario que habéis recibido— os haya alejado. Aun tengo reciente la grata sorpresa que fue para mí descubrir lo que me pareció un oasis de sabiduría, amistad y sensibilidad comprometida. Ese juicio prevalece sobre las torpezas y tropiezos.

Este año hemos superado una dificultad más, tal vez no sea la última, sin embargo estoy firmemente convencido de nuestras grandes potencialidades. Para desarrollarlas sólo necesitamos más fe militante, un decidido esfuerzo personal, una formación esmerada y una más cuidada organización. Preguntarnos si esto es necesario es no haber aprendido nada del personalismo. Mounier rechazaba rotundamente ‘toda tentativa de utilizar el término personalismo para la pereza histórica’ y ‘la tentación, muy fuerte para algunos, de llamar personalismo a su incapacidad para soportar una larga acción disciplinada’.

Esta pretensión de una acción de amplios horizontes en el tiempo y en el espacio es la única respuesta posible, desde el personalismo comunitario, a una toma de conciencia de nuestra implicación en la grave y apasionante época histórica que nos toca vivir, grave porque la suerte de la humanidad futura también se

juega en la generación actual, y apasionante porque en ella se esconde y se manifiesta una llamada al ser, una vocación para todos y cada uno de nosotros. Mientras el Sur agonice y los pobres sean cada vez más pobres, mientras la paz no llegue y las víctimas de todas las tiranías de corto y de largo alcance sean cada vez más numerosas, mientras en el Norte, espiritualmente muerto, millones de hombres asistan impasibles al drama de sus semejantes y al vacío que les invade, mientras todo eso ocurra permanece actual la vocación histórica a la rebeldía contra el orden establecido.

No cabe lamentarse de que somos pocos y débiles, de que no tenemos medios y de que no nos hacen caso. Eso puede ser verdad, pero los revolucionarios de los siglos pasados y del actual lo tuvieron mucho más difícil. Así, cuando surgió Esprit en los años 30, tenía que confrontarse con las crecientes fuerzas del fascismo y del estalinismo. En comparación nuestras dificultades son un juego de niños y lo tenemos más fácil que quienes dieron su vida para transmitirnos una herencia espiritual.

La diferencia es que aquellos tuvieron la voluntad de poner, junto a la fragilidad, la ambición y el entusiasmo: un inmenso coraje, una ‘lúcida ingenuidad’ y una entrega sin cálculo de posibilidades. Nada nos impide a nosotros ser igualmente intrépidos. Y si hay algún impedimento ¿por qué no arrojarlo por la borda para emprender singladuras de mayor riesgo? ¿Comodidades, ridículas seguridades, prestigio, curriculum, carrera profesional? Nada de esto sirve para suturar las heridas de la humanidad. Dejemos a un lado la frivolidad de una vida sin tensión militante».

El propio Luis Ferreiro escribe en septiembre de 1995 estas hermosas palabras: «Contraoponer lo personal a lo militante es una reacción que tiene sus razones, pues han sido muchas las experiencias en que la

EL TRABAJO

milicancia se ha planteado desconociendo la vocación, el ritmo y el crecimiento de la persona. A mi entender cualquier contraposición entre estos conceptos que los presente como polos opuestos es ilegítima. La tensión será inevitable, pero debe ser fecunda, sobre todo cuando se plantea desde el personalismo comunitario

que pretende la construcción de una civilización en la cual cada persona pueda realizar su vocación. La milicancia es una concreción y una perfección del compromiso, la adopción de una fidelidad creadora presupone la existencia de una comunidad a la que se quiera ser fiel, atiende a una promesa comunitaria».

